

Katharine Tynan

Katie

Traducción de
*Martina Filosi**
Universidad del Salvador
Argentina

Katie vivía en una pequeña casa en el campo. Era una niña morena, con hoyuelos, suave como los patitos amarillos que solía llevar en su delantal. Recuerdo sus pequeños hombros regordetes, descubiertos, y cómo se podía ver la línea donde su bronceado se encontraba con la palidez bajo su vestido. Era la hija que tanto había buscado una pareja casada hace ya bastante tiempo, un regalo que llegó mucho después de que ellos perdieran las esperanzas de tener un hijo que sobreviviera.

Su madre era una mujer de rasgos severos que caminaba algo torcida y con poca gracia, empujando la cadera torpemente hacia un lado. Su rostro también era moreno, con un agradable y profundo sonrojo en las mejillas. Tenía dientes blancos, ojos marrones y una expresión sincera. Pero la gente decía que era una mujer con la que era difícil convivir. Su prepotencia era extrema, sobre todo desde que el hombre honesto con el que se casó se había vuelto capataz de su patrón, un '*strong farmer*'¹, como dicen en Irlanda, propietario de varias hectáreas. Ella esperaba imponer cierto respeto entre las personas con las que se había criado, y que no tenían intención de sentirlo. De cierta manera era una mujer afortunada, su buen marido la amaba tanto como en aquellos días en los que llegaba silbando su señal de enamorado, como si fuese un mirlo, para que saliera de su rincón junto a la chimenea de la casa de su madre. Ella misma me contó sobre aquellos días cuando yo no era más que una muchacha. No sé por qué lo hizo, tal vez porque quedaba algún rastro de romanticismo en su alma, que no se permitiría revelar a una persona de su misma edad o misma circunstancia. Era la madre de muchos bebés muertos, ninguno había vivido excepto Katie; pero el romance en su matrimonio seguía intacto. Recuerdo que, un atardecer de verano, cuando el sol brillaba entre las tablillas de la ventana de su establo, yo, sentada en un taburete pequeño contra la pared, alternaba entre leer *Las*

* Traductora Científico-Literaria en Inglés por la Universidad del Salvador (USAL). Actualmente cursa la carrera de Traductorado Público de Inglés en la USAL.

1. Los *strong farmers* eran arrendatarios de más de 30 acres (12 hectáreas) en áreas densamente pobladas. No se refiere a la fuerza física sino al poder adquisitivo. [N. de la T.]

© Universidad del Salvador. Escuela de Lenguas Modernas. Instituto de Investigación en Lenguas Modernas. ISSN 2469-0899

mil y una noches y conversar mientras ella vaciaba la mantequera, entró su esposo, y, al no verme por la sombra, la inclinó hacia atrás y besó su rostro moreno con una pasión que no era común ver una vez terminados los días de cortejo.

La casa estaba a un lado del camino, delimitada por la pared del jardín y un portón alto, que resultaba cómodo cerrar en las noches invernales. Tenía dos habitaciones pequeñas además de la cocina y el cuarto donde procesaban los lácteos, y un altillo al que se llegaba por una escalera, donde guardaban muchos sacos de papas, o leña para el fuego de la chimenea en invierno. La cocina era sumamente acogedora, con dos ventanas cuadradas cubiertas de geranios en flor, imágenes de santos en las paredes blanqueadas, pastorcitas y perros de porcelana sobre el estante de la chimenea, y un gabinete que exhibía la vajilla fina. Siempre se sentía un dulce aroma a crema que provenía de ese cuarto donde procesaban lácteos, al que se podía entrar desde allí. Las dos habitaciones se encontraban cada una a un lado de la chimenea. Las paredes estaban limpias y blanqueadas, las baldosas del piso eran color ocre; era una casa pequeña y encantadora en la que el amor construiría un hogar.

La pequeña Katie, siempre preciosa, paseaba por su cuenta todo lo que quería. Nada podía hacerle daño en los campos por los que deambulaba. Solía quedarse en casa, y nunca se alejaba mucho de su hogar; no necesitaba variedad. A un lado del campo, había una pradera de violetas musgosa en la que crecían espinos blancos. A los niños les fascinaba imaginar que las ramas espinosas bajo las que se escondían era un invernadero. Del otro lado de la pradera había un barranco que descendía a un pequeño arroyo que gorgojeaba sobre piedras brillantes; las dedaleras crecían en el agua junto con las orquídeas de la pradera y con muchas otras flores que medran en el agua. El campo era un prado todos los años y una vez que la niña se escondía entre los arbustos y los pastizales, se volvía invisible para todos excepto para las aves, con sus ojos brillantes, que también disfrutaban de estos misterios, y para el rey de codornices, que solamente puede considerarse mitad pájaro, y que se alejaba por uno de los millones de pasillos que creaban los pastos marrones plantados al oír que Katie se acercaba.

Del otro lado del campo, había una zanja profunda y seca sobre la que caían pesadas cortinas de arbustos de moras, que en el otoño daban frutos jugosos. Y junto a la puerta de la casa de Katie, donde podía sentarse al sol, había un macizo de primulas, sobre las que las gallinas caminaban y cacareaban con sus polluelos larguiruchos y las patas desfilaban con sus patitos mucho más adorables. A Katie no le faltaban compañeros de juego. No tenía ninguno de su propia especie, pero era sociable con las aves de corral y el cerdo en el chiquero, y con el ganado blanco y rojo que pastaba en el

campo. Tenía conversaciones con las criaturas todo el día, y si llovía llevaba un taburete al cobertizo que frecuentaban las gallinas.

Pero su principal compañera, su confidente y la cómplice de todos sus juegos era una gata tranquila y mimosa que había crecido junto a Katie. Un trabajador bondadoso había traído a la gatita atigrada de la ciudad, y se la había ofrendado a la bebé. Katie con casi sus primeras palabras, la bautizó como él. La gata se llamó Hogan hasta su último día. Cuando oigo que la gente dice que los gatos no tienen apego por las personas, siempre hago una excepción mental a favor de Hogan. Ningún perro podría haber sido más fiel o más devoto. Los instintos de Katie hacia la pulcritud la llevaron a bañar a Hogan cuando recién era una cría, hasta que llegó a la edad en la que pudo asearse por sí sola con el cuidado requerido. Muchas veces vi a la niña cubrir a la gata en espuma de jabón, para luego dejarla secar a los rayos del sol en el macizo de primulas, y ahí se recostaba la criatura, con una paciencia admirable y las patas extendidas, hasta que su pequeña ama decidía que estaba lo suficientemente seca para levantarse.

Pero Hogan creció y se convirtió en una gata atractiva, regia y de buen pelaje a pesar de sus baños, y era enternecedor verla seguir los talones de la niña hacia todos lados, con el mismo aire de responsabilidad que adoptaría un perro serio. Pero por más solemne que fuera, no dejaba de entender y disfrutar los juegos bajo el seto vivo en el que Katie armaba su casita, y hacia banquetes con piezas rotas de vajilla para agasajar a su observadora amiga. Hasta en invierno la gata caminaba por la nieve y saltaba dejando surcos profundos, vigilando a su pequeña pero robusta ama; así como en el verano la seguía al ordeño de la tarde, en el que, como un favor especial, se le permitía a Katie, con sus dedos regordetes, extraer algunos chorros de la leche con aroma dulce.

Habían comenzado a conversar sobre la educación de Katie cuando la niña se enfermó. Los adultos creían que la escuela sería un golpe duro para ella, que estaba tan acostumbrada a una vida al aire libre. También era muy aniñada, incluso para su edad, aunque había muchos niños más pequeños que ella sentados en las gradas de la escuela Convent Infant School: estudiantes tan diminutos y adormilados que se reservaban dos o tres sillones especiales para recibir a los que se dormían en sus asientos. Recuerdo haber preguntado si Katie llevaría a la gata a la escuela como Mary y su cordero en la canción infantil. No tengo duda de que Hogan hubiera intentado recorrer la milla irlandesa, es decir, los dos kilómetros, que separaban la casa de la escuela todos los días, a menos de que se la obligara a quedarse en casa. Sin embargo, la niña fue atacada por ese horrible miedo de las madres, el crup. Era la víctima perfecta para sucumbir ante la enfermedad, tan

solo una bolita pequeña y blanda de piel suave. Luchó un día y una noche, llevándose las pobres y pequeñas manos a la garganta adolorida incesantemente. En menos de treinta y seis horas Katie había muerto.

Su madre lo tomó con un estupor inexpresivo. Parecía apenas percibir a los amigos que iban y venían, las Hermanas de la Misericordia, con sus tocas y hábitos negros, el sacerdote y sus intentos de consolarla. Su esposo se mantuvo a su lado durante esos días, su mirada pasaba de la expresión desgarradora de su mujer a la bebé morena en la cama, tan lamentable como un petirrojo congelado. Luego del funeral, la madre volvió a sus actividades normales. Ordeñaba la vaca, alimentaba las gallinas, batía la manteca, barría y horneaba como antes. Pero hacía todo con el corazón roto, y hubiese sido menos terrible verla sentada con las manos cruzadas. Lloró incesantemente durante los meses que siguieron a la muerte de Katie. Uno creería que sus ojos ya se habrían secado, pero las lágrimas seguían durante todo el día, y nadie parecía poder aliviar su pena. Era una situación desdichada para su esposo, pobre hombre, que volvía al hogar tarde y tras trabajar todo el día, pero que, con una paciencia inagotable, hacía todo lo que podía para consolarla.

El único deseo que la madre parecía tener en aquellos días era el de poder quedarse con la gata de Katie, pero no pudo cumplírsele. Durante la corta enfermedad de la niña, la gata estuvo inquieta y triste, y lloró con angustia por toda la casa cuando Katie murió. Luego de que el funeral terminara, le dio la espalda a la casa desolada, y camino a través de los campos que la separaban del casco de la estancia. Entró a la espaciosa cocina ese día de julio con una intención tan evidente de permanecer allí que nadie cuestionó su derecho a quedarse. Una vez tuvo el impulso de buscar a su pequeña dueña, y salió a correr y saltar sobre las amplias praderas hasta llegar a la casa blanca y baja. Se dijo que lo que sacó a la madre de ese primer, misericordioso estupor del luto fue la entrada de la gata a la casa y su llanto lastimoso resonando en los cuartos vacíos y en los lugares donde solían jugar sus alegres juegos. Se dijo también que la gata inspeccionó todos los rincones donde la niña podría estar escondida una y otra vez, para, luego de un momento de perplejidad y desilusión, ponerse a buscar de nuevo. Al fin decidió rendirse, y pareció comprender que Katie se había ido. Luego de esto, se dio vuelta y trotó de nuevo hacia el casco, de donde nadie pudo convencerla de salir. Todos querían que la pobre madre tuviese a la gata tal como deseaba, pero la gata se negaba; escapaba una y otra vez de sus captores, y al final nos rendimos en nuestros intentos de obligarla, aunque su deserción parecía una nueva crueldad hacia la afligida mujer del otro lado de las praderas.

No sé cuántos meses duró el llanto de la madre. Un día cerca de Navidad, abrí la puerta holandesa, entré y vi, por primera vez desde la muerte de la niña, que no había lágrimas en sus ojos. Estaba haciendo pan en una mesa bajo la ventana, y su rostro había adquirido una expresión de calma admirable desde la última vez que la había visto. No hice comentario alguno, pero ella sacó el tema por su cuenta, con una sonrisa lastimosa y fría.

—¿Recuerda usted el poema que me leyó —preguntó—, sobre la niña que murió y no podía ser feliz en el cielo porque, al llorar, su madre le mojaba su elegante vestido?

Lo recordaba a la perfección; fue mi pobre intento de insinuarle algún tipo de consuelo, porque como muchas personas de su clase social en Irlanda, amaba la poesía.

—Estuve pensando mucho en eso desde entonces. ¿Quién sabe si no hay algo de verdad en esa historia? —Asentí con la cabeza.— Ya llega la Navidad, y creo que debe ser un buen momento para los niños en el paraíso, entonces no quiero arruinar la gloria de Katie entre ellos.

No dijo mucho más luego de este curioso momento de confianza, pero fue un consuelo para todos que dejara de llorar. Su esposo se regocijó con el cambio. Creía que en poco tiempo ella volvería a ser alegre, y que podrían volver a ser felices juntos. El hombre no extraña tanto a un hijo como la mujer y, sin importar cuánto amase a Katie, el amor de su juventud seguía con vida, y aún podía convertir la Tierra en un paraíso para él si ella quisiese.

Sin embargo, en aquellos días surgió una nueva razón para inquietarse. Recuerdo que las mujeres, preocupadas y afligidas, negaron con la cabeza al enterarse que la madre de Katie podía llegar a tener un bebé en la primavera. Había estado muy enferma antes, y luego de este largo intervalo y de todos los problemas, no parecía que el embarazo fuese a ser fácil para ella. Sé que al viejo doctor, que era un hombre amable y paternal, y que había sufrido un gran pesar por lo de Katie, le había disgustado este nuevo acontecimiento. Lo oí decirle a una matrona, en confianza, que no podía asegurar que la mujer fuera a sobrevivir.

Ella misma cambió de actitud cuando estuvo segura de que el bebé estaba en camino. En retrospectiva, no creo que esperase salir con vida. Probablemente pensaba que así se reuniría con Katie. Fue muy dulce con su esposo en aquellos días, y muy gentil y considerada con los vecinos, a quienes antes trataba de mal modo y con desdén. Muchos cambiaron su opinión sobre ella ese invierno, y su amabilidad se transformó en una rela-

ción mutua. Un vecino la ayudaba a lavar ropa, otro mandaba a su muchacho a ver si la madre de Katie necesitaba que le cortaran leña o le llevaran agua. Siempre me reconforta pensar en esos cuatro o cinco meses, en los que una gran calma, a mi parecer, se asentó en la pequeña casa en la pradera.

El bebé nació en abril; sin vida, como todos temían. Era un niño, y murió en el parto: se dijo que la pequeña figura, como de cera, conservaba los rasgos de un fútil intento de mantenerse con vida. La madre, por su parte, no hizo intento alguno; yo creo que no quiso. Falleció con bastante calma, sin siquiera parpadear para despedirse de su esposo, quien suplicaba que le dijera unas últimas palabras.

Yacen juntos, la madre y sus hijos, en Kilbride, a la sombra de un gran espino, no muy lejos de la St. Brigid's Tower. Por más lejos y desolado que esté el cementerio, no hay domingo del año en el que el padre y esposo no vaya allí luego de la misa, tras recorrer el camino solitario, rodeado de arbustos deshojados o en flor, tan fiel como el sol que sale cada día. Todos esos hechos ocurrieron hace más de diez años, y él volvió a casarse, con una mujer poco atractiva, y frugal que se encarga de la comida y la ropa, y es, a su manera, una excelente esposa. Cuando él la tomó como esposa, ella ya había pasado la mediana edad. Ninguno de los dos fingía que había amor entre ellos. Ella misma era la primera en decir que el corazón de su esposo estaba en Kilbride. Una vez me dijo:

—Es bueno conmigo, y estoy feliz de cumplir con mis deberes hacia él; pero si le preguntara sobre su esposa, él pensaría que se refiere a Kitty, ¡Dios la tenga en la gloria! Las segundas esposas no cuentan.

Lo dijo de una manera simple y honesta, pero yo pensé que detrás de ello se escondía una pequeña tragedia familiar. Estoy segura de que en el cielo, ese en el que los campesinos irlandeses creen con absoluta certeza, se olvidará de la pobre y trabajadora Margaret, y buscará con entusiasmo al amor de su juventud.